

## ELOGIO DE LA LENGUA CASTELLANA

*En el Alcázar de Sevilla—donde la piedra toda se hace luz— y conmemorando el centenario de Nebrija, codificador de la gramática castellana—en donde el habla se hizo lengua—, pronunció el Presidente de la Real Academia Española, D. José M.<sup>o</sup> Pemán, este bello discurso. El tema es el elogio de nuestro idioma, de la sangre que corre unánime y unitiva entre España y América.*

*El eximio poeta, Príncipe de la elocuencia castellana, considera la lengua como una integración, como un paisaje en donde cada uno de los diversos pueblos dominadores aportó sus distintos arreos. Bajo la vestidura de la poesía, bajo la gracia ágil de este discurso late una noble palpitación: la de considerar nuestro lenguaje como un alma, como una concepción total del mundo, que en los dramáticos instantes por que atraviesa, debe de ser considerada como ejemplar.*

*Así sea.*

*Al incluir en nuestras páginas una versión taquigráfica directa de esta loa fervorosa, quisiéramos renovar la eficacia de la palabra del autor del "Poema de la Bestia y el Ángel".*

EXCMO. SEÑOR, SEÑORES:

Después del magnífico estudio que habéis escuchado sobre Nebrija como gramático de la lengua castellana (1), y del espléndido poema que acabamos de oír a Eduardo Marquina, a mí se me ha señalado —no lo he señalado yo— un tema con un enunciado un poco vago y décimonónico: "Elogio de la lengua castellana".

Adivino, en quien lo redactara, que yo no sé quién fuera, la recóndita voluntad, entre amable y maliciosa, de brindarme un tema con poco límite y perfil, como quien ofrece una

---

(1) Se refiere al discurso de D. Julio Casares, Secretario de la Real Academia Española.

ancha pradera al galope desbocado de mi bético potro verbal. Sin embargo, como realmente el elogio afectivo y cordial del idioma acaba de hacerse de modo admirable, procuraré yo que el mío surja de una fría exposición de conceptos; que, al cabo, precisamente por andaluz, como decía hace tiempo un andaluz magnífico, poseo también el sentido de la frialdad, “porque tengo sangre antigua”.

Yo no sé si para los historiadores y los políticos y los etnógrafos es un bien o un mal el cruce y trasiego de razas que, a través de los siglos, nos visitaron y nos dominaron. Yo no sé si se llevaron mucho de nosotros y si, a veces, nos torcieron nuestro camino. Sé que todo lo pagaron a precio de palabras, a precio de entregas léxicas. Sé que hay un viejo refrán que dice: “mujer muy cortejada, mujer muy regalada”: España fué mujer muy cortejada, y con los muchos regalos que recibió puso su casa idiomática, construyó uno de los más ricos y policromados idiomas del universo. Todos le fueron dejando algo: nombres de interiores domésticos, de juegos y bailes y costumbres populares, los celtas; cientifismos de intención técnica, los helenos; los hebreos voces de comercio y de religión; palabras de régimen feudal, los godos; gragea colorista, de perfumes, de flores y de adornos, los árabes; exotismos de plantas y animales nuevos, los indígenas de América; todo el repertorio fundamental del pensamiento, del Estado y de la vida, los romanos; y todos ellos, sus entregas y ofrendas, sobre la piedra fundamental de un ibérico primitivo que cada vez se va perfilando más entre las nieblas de los descubrimientos arqueológicos, porque, por muchas que fueran las aportaciones y acarreos posteriores, es demasiado evidente que en las murallas de Numancia había, por lo menos, palabras suficientes para concertar una voluntad de resistencia y lanzar al aire una proclamación de libertad. (*Aplausos.*)

¿Cómo organizó España todo ese tesoro y ese caudal léxico? Sin meterme en honduras, que no son de mi especialidad —siguiendo el esquema, por ejemplo, de Oliver Asín—, diré que parece que el mapa que pudiéramos trazar sucintamente en el momento de nacer el idioma y la nación, en los principios de la Reconquista, viene a ser éste: arriba, agarrada a las breñas norteñas, el penacho vasco; después, en el Oeste, el ga-

llego, portugués y leonés; en el Este, el catalán, valenciano y aragonés; y abajo, uniéndolos, al mozárabe que se hablaba en toda la zona invadida, y que se parecía en aquel momento extraordinariamente al gallego y al catalán, como éstos se parecían entre sí, porque, en definitiva, este aro o cinturón lingüístico periférico no era nada más que el romance hispano-gótico, tal como empezaba a desprenderse del latín.

Pero, en el centro de ese aro, allá hacia principios del XI o fines del X, abre una flor espléndida, que es Castilla, y rompe a hablar de un modo cada vez más peculiar; no es una lengua nueva la que nace, es el mismo romance hispano-gótico que, a ritmo con la expansión de Castilla, da un salto gigantesco en su crecimiento. El nacimiento del castellano es algo que excede de la marcha pausada y vegetal de una pura evolución lingüística; es una obra genial de potencia y de originalidad creadoras. Las características de las otras hablas peninsulares eran pervivencias, continuaciones del latín —el grupo *pl*, el diptongo *ai*—; en cambio, las características del castellano empiezan a ser apariciones, saltos, creaciones, cosas que van tomando de aquí y de allá; la aparición de la *h* fuerte, la *j* sollozante de los árabes, la *ll* de la que dirá Nebrija que es casi impronunciable para otros muchos pueblos; colonización de nuevas palabras, descubrimiento de nuevos mundos idiomáticos, que parecen anunciar el destino imperial de la raza. Es decir, que no es un idioma más que nace y se pone en fila, es una lengua que salta y se pone delante con la bandera en la mano: en el puesto de los alféreces, en el sitio del Mío Cid el Campeador. (*Grandes aplausos.*)

Cuando, después, cabalgando hacia el mar de Andalucía, conquista Castilla toda la zona invadida, roto el engarce mozárabe, poco a poco, aquellas franjas laterales —ese Oeste gallego y portugués, ese Este catalán y valenciano—, van quedando a los lados, como dos columnas de honor que hicieran guardia al castellano: y dejándose influir, por fuera, por el mar, más que influyéndose mutuamente, van derivando, más y más, hacia una casi sustantividad dialectal, hasta que acaba naciendo, por un lado, el gallego adulto de Rosalía de Castro, y por otro lado, el catalán literario de Jacinto Verdaguer.

De esta forma esquemática, explicada ligera y malamente,

es como el "hecho" idiomático español —y esto es lo que me interesa— viene a quedar sellado por esa ley de dualidad que es característica de todo lo hispánico: dividido entre un elemento centrípeto de unidad y un elemento centrífugo de dispersión, reflejo de nuestra trabajosa formación unitaria romana, sobre un fondo africano y tribal.

Todo está, en España, señalado de este modo. Pueblo el nuestro, he dicho otras veces, de unidad difícil, campo urbanizado a la fuerza; pueblo donde las encinas rústicas llegan hasta la puerta del Palacio Real, o somos regionalistas o ecuménicos; o comuneros de Castilla o capitanes de Flandes; o nos vamos a América y al Concilio de Trento, o nos quedamos caciqueando en nuestra aldea; en una palabra, o nos disparamos hacia el Imperio, eterna lección de Roma, o recaemos en la tribu, eterna tentación de Africa. Y por eso el hecho lingüístico español, como reflejo de ese dualismo interno, parece que cumple esa misma ley y ese mismo ritmo, y que sus cultivadores más representativos trabajan sobre esas dos líneas: y son el Góngora de las *Soledades* y de las letrillas; el Quevedo de los sonetos casi marmóreos y de los romances casi plebeyos; la Mística de los donaires de Santa Teresa y las profundidades de San Juan...

Esta es España en todo: dioses y mendigos en la pintura; héroes y graciosos en el teatro; místicos y pícaros en las Letras. Y esta es nuestra lengua: una equidistancia entre lo culto y lo vulgar, entre Lope y Nebrija; un equilibrio salvador que hace que, así como cuando España se va haciendo demasiado afrancesada o europeizante, la salva una alcaldada del monterilla de Móstoles, así cuando nuestro idioma se va haciendo demasiado latinizante o culto, le salva una alcaldada de un villancico, de un refrán o de un "rondel" popular. Esa es nuestra lengua; todos los oros y todos los cobres que contribuyeron a la aleación de este buen metal del alma de España que sonó, luego, tan limpia y bellamente sobre la piedra de toque de la Historia universal. (*Grandes aplausos.*)

Ahora bien; esa dualidad de todo lo español —y del "hecho léxico", por tanto, también— es lo que nos da un extraordinario vigor, porque nos provee de los dos elementos precisos para cada coyuntura: el Imperio, de inspiración romanista, gran

fábrica de cultura; la tribu, de inspiración africana, gran fábrica de vitalidad. De la tribu son los momentos de sostenimiento del mínimo vital, de recobro de una independencia o de una libertad: guerra de la Independencia o guerra de la Reconquista. Entonces se exorcizan todos los peligros de la tribu y se convierten en valores aprovechables para la unidad: la anarquía se hace guerrilla o mesnada; el individualismo se hace inspiración de cabecilla o alcaldada de Móstoles; la democracia se hace totalidad fervorosa, y hasta la chabacanería se hace canción o *folklore*: romance de la Reconquista o jota de la Independencia.

Pero cuando, merced a este esfuerzo tribal, de raíz impura, se ha recobrado ese mínimo de unidad, entonces llega el momento de meter toda esa vitalidad en perfiles de cultura y civilidad; y es el momento del Imperio, de inspiración romanista y unitaria. Y por eso España, "marca" de Europa, pueblo de occidentalidad siempre en precario, de europeidad siempre en peligro, ha tendido, en esos momentos, a abultar e hinchar sus adquisiciones occidentales: un día se romaniza, y en seguida ya quiere ser más romana que la propia Roma, con los Balbos que ponen en el alma de César el sueño imperial, cuyos máximos constructores serán los emperadores béticos; y otro día se europeiza, y ya quiere ser más europea que la propia Europa, con Carlos V y su lucha por la unidad religiosa, y Felipe II y su política intransigente, inquisitorial, más católica que la propia catolicidad, más papista que el Papa; ritmo y afirmación defensiva, característica de un pueblo que se hizo y nació de una voluntad de vida occidental sobre esa tendencia de africana dispersión, porque el día en que España, invadida por las tropas árabes, tuvo que escoger definitivamente entre su europeidad y su orientalismo, la hubiera bastado un momento de dejadez de su conciencia occidental para haberse entregado fácilmente, como Constantinopla, por el otro extremo de Europa, a un *modus vivendi* con los vencedores; pero, lejos de esto, afirmando su voluntad de resistencia y haciendo de esa afirmación el eje de la nueva nacionalidad que nacía, se pegó fuertemente, como un león acorralado, contra la pared de nieve de los Pirineos, y desde allí, zarpazo tras zarpazo —en política, en religión, en lengua, en cultura, en todo—, fué repitiendo y

reafirmando durante varios siglos su inquebrantable voluntad de seguir siendo un pedazo de Europa, un pedazo de la Cristiandad. (*Aplausos.*)

Un momento así de reafirmación, de sentido central y romanista, es aquel en que Nebrija viene a ordenar la lengua castellana. España había prolongado casi dos siglos más que otros países la edad heroica por su lucha con los moros. Parece que Nebrija, con una madrugadora intuición, antes de estar arrojados siquiera los moros de la Península, percibe la magnitud de la hora, y va a Italia a acumular latín, cultura, Renacimiento; todo lo que iba a hacer falta para “devclar la barbarie”, para meter en perfiles esa vitalidad recobrada con la Reconquista. Pero cuando, según nos ha explicado perfectamente Julio Césares, llega de Italia, le sale al encuentro la intuición de la Reina, esa intuición de madurez imperial (la misma que la hizo fundar la Casa de Contratación durante el segundo viaje de Colón, cuando todavía no se sabía toda la extensión que iba a tener aquel nacimiento del Nuevo Mundo), y le incita a aplicar esa adquirida sabiduría humanística a la lengua castellana, que ella adivina próxima a una difusión ecuménica. Entonces nace la *Gramática*, que hemos visto todos, con emoción esta mañana en la *Exposición bibliográfica*, y estampa la famosa frase del prólogo: “Siempre fué la Lengua compañera del Imperio, y de tal modo le siguió, que juntos florecieron y junta fué la caída de entrambos.”

El dice que esa gramática servirá para enseñar a los futuros infieles que se civilicen; pero como sabe que la “unidad” es base de toda difusión exterior —porque hay que apretar el arco antes de lanzar la flecha—, dice que también ha de servir para enseñar a los “navarros y vizcaínos”. Queda resuelto así el problema de las hablas hispánicas, como lo resolvían, en aquel momento, matrimonial y equilibradamente, los Reyes. La Reina, castellana, decía “hambre”, “hablar”; El Rey, aragonés, decía “fambre”, “fablar”. El pueblo, que los adoraba, había hecho del hinojo —todos lo sabéis— símbolo de aquella unidad nacional, porque en Castilla decían *inojo*, con la inicial de Isabel (entonces *inojo* se escribía sin hache), y Aragón decía *finojo*, con la inicial de Fernando. Y ese problema, ese choque de las hablas, ellos lo resuelven con un amoroso concierto: Don

Fernando modera su acento aragonés para hablar a sus súbditos, y cede a su esposa, porque sus vocablos castellanos —dice— son “más propios”. Pero el poeta adivina que, en la intimidad de su hogar, a Isabel le gustaría, de vez en cuando, seguirle oyéndole *hablar* con aquel acento nativo con que la enamorara un día. De esta forma quedaba resuelto el problema de las hablas de un modo matrimonial; con una equidistancia entre lo local y lo estatal: el castellano para el Estado y para el Imperio, y el lenguaje vernáculo para el amor y para la domesticidad.

Pero esto exigía una acentuación del elemento Imperio, del elemento humanístico, romanista; del elemento culto. ¿Para qué? Para prevenir ese declive natural de todo lo español hacia la tribu, hacia el elemento de dispersión. De esto es de lo que se ha encargado Nebrija. Y Nebrija lo va a hacer con una fórmula de equilibrio y asimilación admirables. En aquel momento, en España, todo fué “asimilación”, nada “exclusión”: el Renacimiento, una asimilación: Fray Luis de León es el Renacimiento españolizado; la Reforma, una asimilación: Loyola y Trento, y Santa Teresa, son la Reforma españolizada. Del mismo modo, Nebrija viene a ser el humanismo españolizado. Mientras otros humanistas, como se nos explicaba estos días, cual el Cardinal Bembo, no querían que sus discípulos leyeran las Epístolas de San Pablo para que no corrompieran el latín; mientras Sanázaros metía en un poema religioso al dios Mercurio, Nebrija, con el afán de sintetizar su humanismo con la sustancia cristiana, lo aplica al estudio de los *Himnos sagrados*; pone sobre su frente la *Thalichristia* de Alvaro Gómez, porque le parece un poema virgiliano con sustancia ortodoxa; recomienda a sus alumnos el *Carmen Paschale*, de Sedúico, porque le parece que es tan correcto en su doctrina como en su métrica. Nebrija es la cantidad de humanismo que cabe dentro de una ortodoxia intransigente.

Pues esto mismo, este mismo equilibrio y este espíritu de “asimilación” es el que lleva, en realidad, al tratamiento del idioma. No nos damos cuenta de lo que ha perdido el hombre en su lúcida facultad de “ver”. Ya explicaba yo, una vez, en la Academia, precisamente en la recepción del Almirante Estrada, cómo el hombre de Altamira, por ejemplo, tenía una luci-

dez para el movimiento de los animales que, después, no han vuelto a tener ni siquiera los pintores egregios, como Velázquez, cuyos caballos son como una abstracción, una alusión de gloria, pero no una reproducción gráfica de la realidad que no ha vuelto a ser captada por el ojo hasta que la fotografía instantánea reveló, otra vez, el movimiento de los animales.

Este mismo declive de la visión lo ha habido en el lenguaje. Zonas enteras a las que antes proveían los ojos han sido proveídas, después, por la abstracción y la cultura. Allí donde un hombre moderno dice, pura y crudamente, "insultar" o "injuriar", un hombre del siglo XVIII decía "poner cual chupa de dómine", y un hombre del siglo XVI "poner cual no digan dueñas", hablando con los ojos y pintando dos cuadritos de costumbres que aluden, respectivamente, a la chupa llena de manchas del dómine pobrete o al cotorreo de las dueñas en tertulia de antecámara.

Puede bien; cuando Nebrija llega, aquel idioma acabado de formarse a la luz del sol, en el campamento, en aquella España que había prolongado dos siglos su edad heroica, era un idioma construido hacia fuera, por los ojos, y hacia adentro, por las preocupaciones comunales del Imperio y de la religiosidad. Un idioma que para decir una cosa breve decía un "santiamén" o un "credo" o una "santiguada"; que hablaba, como habla todavía el pueblo, de la "sal" y del "ángel" para celebrar la gracia de la mujer amada, trasladando a los signos de la gracia humana los de la Gracia divina; que para decir una gran terquedad decía "fijo en sus trece", aludiendo a Benedicto XIII, que había muerto en Peñíscola fijo en la terquedad de su pontificado cismático; que decía "se armó la de Dios es Cristo" para un gran alboroto, aludiendo a las disputas contra los *arrianos* y *nestorianos*, que negaban a Cristo en su divinidad; que decía "vale un Perú" para significar un valor supremo; que decía "se armó la de San Quintín" para aludir a un gran alboroto; o sea que convertía los temas americanos y europeos del Imperio, las preocupaciones religiosas, en carne de modismo y de fraseología. Que para lapidar a una persona con su odio decía "tiene cara de judío o de hereje", demostrando así que cuando el dedo doctoral del inquisidor señalaba a los enemigos de la Fe, se rozaba con el dedo paralelo y more-

no del gañán que señalaba a los enemigos de su propio espíritu. Y todo este lenguaje, hecho con los ojos y con las palpitaciones realistas y diarias, expresado en una fonética cerrada y contundente, propia de un pueblo que seguía viviendo la "edad heroica", porque mientras otros pueblos podían ya diluir sus vocales en semitonos aterciopelados, propios de cuchicheos de antecámara palaciega, donde la fonética se amortigua entre tapices y cortinas, España, que vivía a la intemperie de la Reconquista, seguía necesitando las cinco vocales exactas como sonos de tímpano, como las cinco cuerdas de la lira, para gritar sus alertas, de centinela en centinela, bajo las estrellas del campamento de Santa Fe de Granada. (*Grandes aplausos.*)

A este lenguaje lleno de vitalidad aplica Nebrija —como digo— su tratamiento de equilibrio; y, sin ahogar todo ese vigor, le aplica su ordenación gramatical con un enorme sentido histórico, o sea reconociendo todas las aportaciones de los diferentes pueblos: empleando, como aquí se ha dicho, para ejemplo, muchas veces, hasta "rondeles", refranes y villancicos populares.

Así, de sus manos sale ese castellano equilibrado y perfecto que ha de servir, en definitiva, a Cervantes para soureírse de la vida, a Quevedo para reírse de la muerte y a San Juan para hablar de Dios; ese castellano con tal coeficiente de elasticidad que llega a todas las profundidades y anchuras: arriba, la Mística; abajo, la picaresca; de un lado, el teatro; de otro, el romancero; todos los valores y matices del espíritu insertos en esa rosa de los vientos de España, en esa cruz que forma la horizontal del heroísmo al ser cruzada, de arriba abajo, con esa vertical que va desde los abismos humanos de la picardía hasta las cumbres soleadas del amor de Dios.

La decadencia del castellano sólo se consuma cuando esos elementos de la síntesis se separan. En definitiva, no hay tiempo de explicar que el "culteranismo" y el "conceptismo" son un poco esto; lo culto y lo popular divorciados; la rotura del equilibrio nebricense. Gracián es, un poco, el refranero hecho monomanía; y, si no Góngora, muchos de sus secuaces, son un poco el humanismo hecho pedantería. Adelantan ya tales corrientes esa disgregación de elementos que ha de acabar, en definitiva, en esas promociones intelectuales que se habían de

enfrentar poco a poco en España; la unas, españolísimas, pero sin universalidad de estilo; las otras, sin sustancia española, aunque con modos, a veces, muy finos y muy europeos; las unas que olerán demasiado a cocido; las otras que olerán demasiado a rapé.

Por eso, viendo las consecuencias definitivas a que este rompimiento llevó, exaltamos como momento central de la lengua y de la Patria aquel de la síntesis nebricense; cuando éste, en la madurez de su vida, cargado con su botín humanístico de Italia, y con su *Gramática*, y sus *Vocabularios*, y su *Aurea Expositio*, al volver a su tierra, enreda, como los claveles en los barrotes de la reja, en sus exámetros latinos, todos los temas españoles: la peregrinación de los Reyes a Compostela, el matrimonio de la Infanta Isabel y del heredero de Portugal, la Virgen de la Vega, la muerte del Duque de Alba; y, sobre todo, la emoción de esa *Salutatio ad Patriam*, donde sus dísticos elegíacos no se desdeñan de evocar aquellas escenas tan caseras y tan íntimas, aquellas escenas de cuando se colgaba del cuello de su padre o se refugiaba en el regazo materno; y perdía y ganaba las nueces con otros compañeros: ¡exámetros latinos y evocaciones aldeanas; versos de magnífica ponderación para desplegarlos, como una bandera de dos franjas, bandera de la cultura española, bandera del Imperio y de la tribu, en el aire de esta Sevilla, dual y equilibrada, cuya Santiponce evoca el nombre de un Poncio senador; cuyo barrio más popular se llama Triana, o "Trajana", con el nombre de un Emperador; cuyos rapaces, futuros torerillos, jugando en la Alameda a los mismos juegos clásicos que recogió un día Rodrigo Caro en sus *Días lúdricos y geniales*, lo mismo pueden esconderse detrás de un naranjo colorista como en una tarjeta postal, que detrás de las sobrias piedras de los Hércules romanos de la Alameda; sinfonía de lo clásico y lo andaluz, cuyo compás parece que lleva, en el límite mismo entre el último colmado *folklórico* y la primera piedra de Itálica, esa columna serena y pensativa, batuta de Sevilla, que se alza en los jardines de Castilleja de Guzmán! (*Aplausos.*)

Gracias a esa articulación que le dió Nebrija, el castellano conservó ese semblante duro e impertérrito frente a todos los soles y frente a todas las intemperies. Se cumplió la profecía,

y aquellos naturales de las tierras descubiertas, pronto lo aprendieron: y por él recibieron la Cultura con una profundidad desconcertante. ¡ Fenómeno único en la Humanidad!; porque, a una generación de distancia, un nieto de un emperador azteca, reciente, pre-colombino, Fernando de Alba, era ya casi una autoridad de la lengua, preludiando la gloria del inca Garcilaso; y un indio, con una generación nada más de europeísmo, con sus padres inmersos todavía en las nieblas anteriores a la Conquista, pudo obtener el grado de Profesor de Retórica latina en uno de los Colegios imperiales... Bastan estos datos fríos y escuetos para alzar los ojos ante ese concurso de las naciones que en estos momentos andan discutiendo de civilización y de conducta, y lanzarles sencillamente la pregunta de cualquier subasta: "Señores: ¿ hay quien dé más?" (*Grandes aplausos, que interrumpen al orador.*)

Por eso, todos los que honradamente han estudiado el castellano en América, por cima de todos sus peligros de los "lunfardos" promiscuos de los muelles y de los tipismos camperos, y de los acarrees inmigratorios, han diagnosticado su buena y espléndida salud. ¡ Oh la emoción para los que hemos ido allí, en las profundidades de la Pampa, en un día azul y luminoso, "un día andaluz", que decían los que me llevaban, no sé si por cortesía de anfitriones o por nostalgia de nietos, la emoción de pedirles a los *payadores*, que estaban con su "quena" y su guitarrilla paraguaya, que cantaran algo, y oír romper el aire de la llanura infinita con aquellos versos inmortales: "ven muerte tan escondida — que no te siento venir"...

Después, sí, cayeron juntos la lengua y el Imperio, como anunció Nebrija. España se encerró en sí misma, lanzó aquella consigna a que aludí otras veces, "escuela y dispensa", — buen programa para un ama de casa, programa demasiado modesto para nosotros que habíamos sido amos del mundo — y se dejó colonizar, como aquí recordara Casares, en lugar de colonizar ella palabras y expresiones, como en otro tiempo. En ese momento del pesimismo, de América viene la voz de la esperanza. Aquel gran nicaragüense, Rubén Darío, es el primero que abomina del pesimismo: "abominad la boca que predice desgracias eternas"; abominación de 1898. Después, abominación de sus consecuencias: "abominad las manos que apedrean

ruinas ilustres"; abominación de los apedreadores del 1931. Y después, tras esta parte negativa, el estallido del optimismo y de la esperanza: "¿Quién será el pusilánime que al rigor español niegue músculos?..." Y la invocación suprema: "Inclitas razas ubérrimas, — sangre de Hispania fecunda."

Y no se había extinguido, casi, todavía, la última sílaba de Rubén, cuando el Premio Nóbel, tan cicatero para las cosas hispanas, va a buscar allí, en su retiro de Petrópolis, a una ilustre chilena, Gabriela Mistral, y la saca al proscenio de la Gloria. Y Gabriela se pone a cantar al mundo con voz antigua y nueva:

Hombres que trabajáis en el verso y la prosa  
cual trabaja el silencio en la profunda rosa  
y mis mineros del cobre apasionado,  
tengo una gracia para estar a vuestro lado.  
He enseñado a leer a gente americana  
amasando verdades en lengua castellana.  
Dije mi Garcilaso y de Santa Teresa  
sacando de Castilla las normas de belleza.  
Y he dicho al descastado que destiñe lo nuestro  
que en español es más profundo el Padrenuestro.

Y Gabriela Mistral, verbo de oro en entrañas de fuego, metiendo la mano en el corazón de la raza y sacándola chorreante de poesía, dice su palabra definitiva, que en esta hora nos sueña a bálsamo de justicia y de consuelo:

Soy vuestra y ardo dentro de España apasionada,  
como el diente en el rojo millón de la granada,  
Os fué dada, españoles, una virtud tremenda:  
el ganar el botín y abandonar la tienda...

Y después, el dístico final, que debiera grabarse con letras de oro en todos los frontispicios de las asambleas que están decidiendo el futuro del mundo:

Perder supieron sólo España y Jesucristo,  
¡y el mundo todavía no aprende lo que ha visto!

(Grandes aplausos.)

Hermanos todos de las tierras de América, y vosotros, hermanos españoles: vivimos un momento nebricense. Otra vez se ha recobrado la vitalidad española con las vitales fuerzas de la tribu, impuras siempre e incompletas. Llega el momento de darle la universalidad, de darle la plenitud romana, de darle la precisión de perfiles culturales y humanos a la gran conquista vital. Otra vez, para el idioma, no hay otra fórmula sino la nebricense. Trabajemos, juntos, en ella. Salgamos otra vez a los caminos y a las veredas; enganchemos otra vez la ciencia docta con la sabiduría artesana que sabe mil nombres para cada oficio, y con el grafismo campesino que sabe mil palabras chorreantes de color para cada nube y para cada río; y después de bautizar otra vez así el idioma con este rocío matinal, arriesguemos un tratamiento de intervención dura; un entrarse a galope por rótulos de cine y por titulares de prensa y por letreros de tienda; un despegar gozosamente carteles y anuncios; una intervención, dura y académica, que nos recobre para la lengua, como para el espíritu, ese equilibrio entre el vigor nativo y el rigor clásico que es nuestra fórmula única de vida y expresión. Porque nuestra lengua, expresión de este pueblo dual, hecho de Imperio y de tribu, se hará siempre, como se hizo en aquella hora inmortal, con una equidistancia sabia entre el ceño de Antonio de Nebrija y las sonrisas de la Reina Isabel. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

JOSÉ MARÍA PEMÁN.

